

¿Cuándo Realmente Cuentan Nuestros Sacrificios?

Garell L. Forehand

Nuestro Dios siempre ha requerido servicio de sacrificio por parte de la humanidad. Desde los tiempos de Abel, el sacrificio se nos ha presentado en forma uniforme como la manera ordenada por Dios por la cual nos acercamos a nuestro Creador.

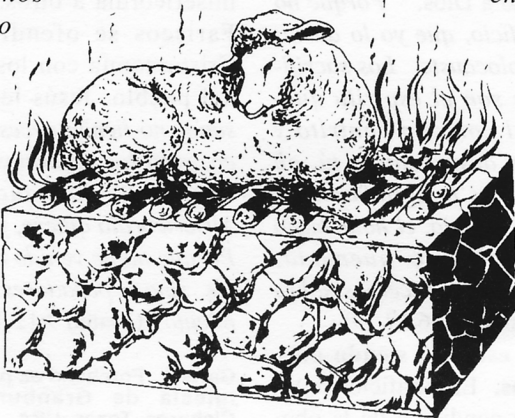
Por supuesto, los sacrificios por parte de personas pecadoras siempre han sido el medio por el cual se hace posible la apropiación del único gran sacrificio. Si una ofrenda de sacrificio es aceptada por Dios, claramente es por el sacrificio del Cordero de Dios. *"Porque la sangre de los toros y de los machos cabrios no puede quitar los pecados. Por lo cual, entrando en el mundo dice: Sacrificio y ofrenda no quisiste; Mas me preparaste*

Holocaustos y expiaciones por el pecado no te agradaron ... y diciendo luego: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad; quita lo primero, para establecer esto último. En esa voluntad somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre" (Hebreos 10:4-6,9,10).

En respuesta a ese único sacrificio eficaz, el hombre ha sido llamado a ofrecer los sacrificios ordenados por Dios, al mismo tiempo que depende del pago que obró Jesucristo. *"Ofreced sacrificios de justicia, Y confiad en Jehová"*

(Salmo 4:5).

¡Esto es completamente diferente a ofrecer sacrificios y poner nuestra confianza en los sacrificios que ofrecemos!



Los cristianos son llamados a *“ofrecer sacrificios espirituales”* que son aceptables a Dios por Jesucristo (1 Pedro 2:5). Se nos informa que hacer el bien y compartir son sacrificios con los cuales Dios se place (Hebreos 13:16). Hasta se nos enseña ofrecer nuestros propios cuerpos como sacrificios vivos al Señor (Romanos 12:1). Pero ¿cómo podemos estar seguros de que nuestros sacrificios realmente son aceptables a Dios?

Cuando realmente somos penitentes. El verdadero sacrificio a Dios es una respuesta a El a causa de nuestro propio pecado. En la raíz del pecado en realidad hay un deseo de reconciliación que se ha perdido a causa de nuestras transgresiones. Para ser aceptables, nuestros sacrificios deben nacer de motivos puros. David comprendía este principio, y humildemente confesó su pecado a Dios. *“Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; No quieres holocausto. Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; Al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios ... Entonces te agradarán los sacrificios de justicia, el holocausto u ofrenda del todo quemada; Entonces ofrecerán becerros sobre tu altar”* (Salmo 51:16,17,19).

Cuando estamos siendo obedientes a Dios. El sacrificio ciertamente es una condición de la obe-

diencia, pero nunca un reemplazo de la misma. Al acusar al Rey Saul de no haber obedecido la voz del Señor, el profeta preguntó: *“¿Se complace Jehová tanto en los holocaustos y víctimas, como en que se obedezca a las palabras de Jehová? Ciertamente el obedecer es mejor que los sacrificios, y el prestar atención que la grosura de los carneros. Porque como pecado de adivinación es la rebelión, y como idolos e idolatría la obstinación. Por cuanto tú desechaste la palabra de Jehová, él también te ha desechado para que no seas rey”* (1 Samuel 15:22,23).

Cuando nosotros mismos tenemos misericordia. El sacrificio es una apelación a la misericordia. Sería la mayor hipocresía que alguien se acercara a Dios en sacrificio rogando misericordia cuando al mismo tiempo se resiste a ofrecer misericordia a otros. Cuando los Fariseos se ofendieron porque Cristo comía con los “pecadores” del pueblo, Jesús les dijo: *“Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: Misericordia quiero, y no sacrificio. Porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores, al arrepentimiento”* (Mateo 9:12,13). †

Garell L. Forehand es predicador en la iglesia de Granbury Street en Cleburne, Texas, USA.